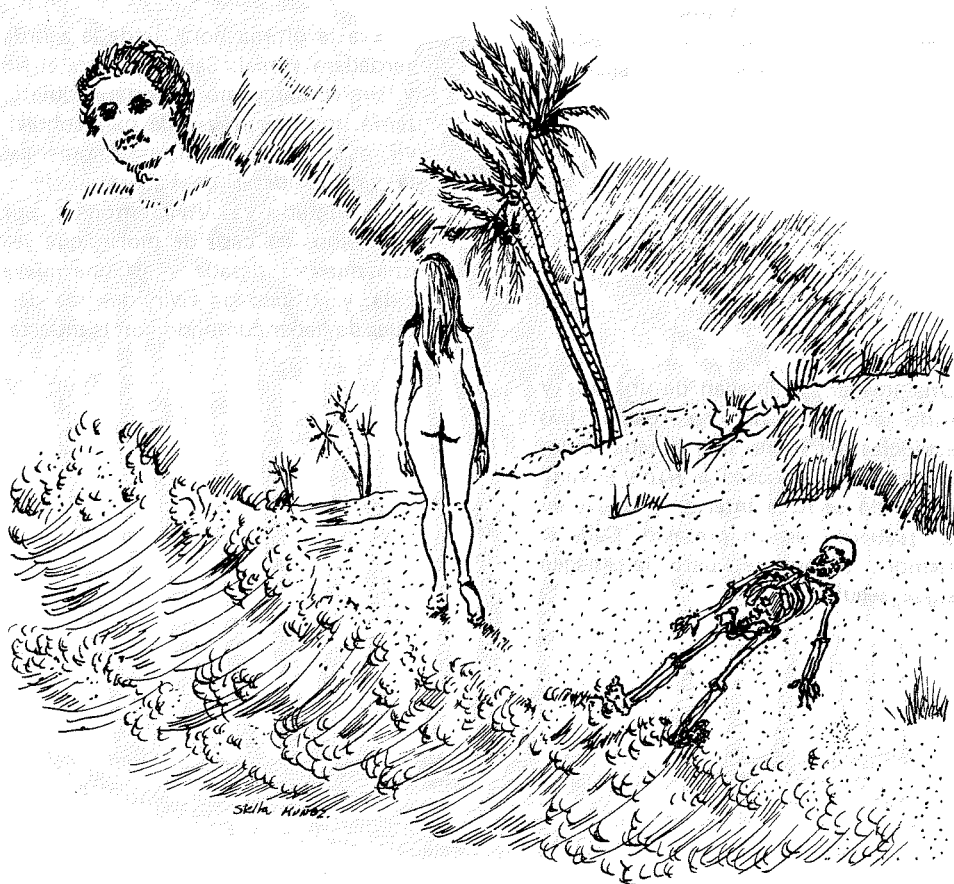


NEFASTA

MARIO MENDOZA Z.

Uno a veces no es uno, es un otro que se evade, que se va perdiendo en silencio sin saber a dónde se dirigen los pasos ya obstruidos por el tiempo.

Así caminaba Nefasta en aquella noche de principios de enero, con un invierno fuerte y una marea alta. El mar golpeaba el arrecife con fuerza, como queriendo atravesar la roca negra llena de musgo que le impedía su transcurso normal. Una brisa proveniente



del norte mecía la cabellera de Nefasta haciéndola más triste, más lánguida que de costumbre. Por entre la espesa neblina que lo cubría todo iba Nefasta desnuda como una sirena, erguida, y su figura fantasmal se mezclaba con la arena que pisaban sus hermosos

pies. Su paso era lento, seguro, como si quisiera hundirse en la arena para siempre y no volver a yacer en el infierno del infortunio. La tormenta fue creciendo cada vez más, pero Nefasta parecía sobreponerse a la naturaleza, parecía romper los umbrales de lo real.

De repente, sin notarlo, sus pies se posaron sobre algo blando, sobre algo pegajoso que se aferraba a sus tobillos. Se agachó en silencio y contempló la podredumbre de varios días en un cuerpo arrojado por el mar enfurecido. El cadáver había cumplido ya un largo proceso de putrefacción y se alcanzaban a notar pequeños animalillos incrustados en la carne, formando nidos violeta. Nefasta contempló luego los huecos donde antes estaban los ojos, notando un gesto de angustia en el rictus de la cara. Pasó su mano con delicadeza por la carne podrida del pecho, quedándose con unos cuantos gusanos rosados sobre sus blancas manos. Sintió un escalofrío que le bajaba por toda la espina dorsal, y siguió acariciando el cadáver con mano trémula pero segura. Entonces se agachó, besó sus labios, le arrancó un mechón de pelo, y empezó a caminar rumbo al mar, mientras el agua iba cubriendo su cuerpo poco a poco.

Yo quise gritarle, quise decirle que no me dejara allí abandonado, que mis entrañas serían otra vez hermosas para ella, que volvería a tener ojos sólo para mirar su cabellera . . . Pero Nefasta no me escuchó; se hundió aquella noche en el mar dejando mi cadáver sin caricias para siempre.